

Conciencia del desastre y novela en el conflicto

LUZ MARY GIRALDO

Ibagué, Colombia, 1950. Licenciada en Filosofía y Letras. Docente, poeta, ensayista, crítica literaria, antologista. Entre sus libros se encuentran *Camino de los sueños* y *La novela colombiana ante la crítica, 1975-1990*, *Ciudades escritas*. Ha recibido numerosos reconocimientos, como el Gran Premio Internacional de Poesía Academia Oriente-Occidente 2013 (Rumania).

Terminaba de leer *Once días de noviembre**, de Óscar Godoy, cuando me encontré con un episodio arrasador en el que la avalancha de hace treinta años en Armero engulle todo como una enorme boca, mientras con desgarrada angustia, huyendo del lugar amenazante al final de la noche, una familia vive y siente la proximidad del horror:

Un estruendo como no lo han escuchado nunca. Ni siquiera en lo peor de la batalla del Palacio de Justicia. Un rugido de marea, de catarata que lo embiste todo. De materiales que se quiebran, se arrastran, chocan entre sí, se pulverizan. De boca monstruosa en el acto de consumir al mundo.

Entonces la ven.

Una forma rugiente, una masa más oscura que la noche.

Con una altura que dobla o triplica la de los techos más altos.

Iluminada parcialmente, en su base, en su cuerpo y en su cresta, por autos que ya viajan adheridos a su argamasa.

Una ola viscosa, con olor a azufre, absorbe y derriba y consume y arrasa y aplasta. Segura de su poder, sinuosa y voraz, la ola avanza.

Leila mira a Guillermo.

Llora.

Entonces era esto, dice él.

Quién cuidará de Julianita.

Quién abrazará a Guillo.

Quién buscará a Camila ahora.

La marea feroz se les echa encima. (228)

He aquí la manera más contundente de enlazar dos episodios que dolorosamente nos hermanaron a los colombianos en el más profundo dolor de patria, en noviembre de 1985. El momento culminante que acabo de leer une la toma y retoma del Palacio de Justicia y la avalancha que arrasó a todo un pueblo. Y además los presenta desde la angustia de sus víctimas. Dos catástrofes que pudieron evitarse. Dos eventos terribles que, como dicen escritores que entonces eran adolescentes, vinieron a cerrar las puertas de la verdad para abrir paso a la mentira y al engaño; para enmascarar la realidad al ocultarla.

Además de recordar los horrores de esas fechas, el episodio me trae a la memoria el poema “La creciente” de Álvaro Mutis, escrito en su juventud a finales de los cuarenta o comienzos de los cincuenta, cuando ya hablaba de los elementos del desastre, de la vida con su carga de muerte, deterioro y podredumbre; de aquello que en la década de los setenta definiría también como una actitud que debe ser propia del creador lúcido: la desesperanza. Ese no esperar nada que no esté en el ser humano mismo. El poema dice:

Al amanecer crece el río, retumban en el alba los enormes troncos que vienen del páramo.

Sobre el lomo de las pardas aguas bajan naranjas maduras, terneros con la boca bestialmente abierta, techos pajizos, loros

* Bogotá: Ediciones El Huaco, 2015.

que chillan sacudidos bruscamente por los remolinos.

[...] Los murciélagos que habitan la Cueva del Duende huyen lanzando agudos gritos y van a colgarse a las ramas de los guamos o a prenderse de los troncos de los cámbulos. Los espanta la presencia ineluctable y pasmosa del hediondo barro que inunda su morada. Sin dejar de gritar, solicitan la noche en actitud hierática.

El rumor del agua se apodera del corazón y lo tumba contra el viento [...].

Son los territorios del Tolima en el poema, de la vida y de la muerte, del horror. Los mismos de la novela de Godoy. Pero en *Once días en noviembre*, el relato no solo cruza metáforas y analogías de la existencia, sino que se alimenta de realidades sociales, políticas, culturales y emocionales de la ciudad y la provincia; de aquellos seres humanos que sucumbieron ante la negligencia de los otros.

Son cinco capítulos en los que se sigue la medida del tiempo que transcurre ante los hechos. En los dos primeros, el énfasis está en Bogotá: en ese adentro y ese afuera que alternan frente a la Plaza de Bolívar o en el Palacio de Justicia. Y muy lejos, en Francia, un joven que después de once años de ausencia de la familia y de su tierra, creyendo haber roto vínculos, se entera por las noticias de la situación de su país, del ocultamiento de la desgracia a través de la emisión de un reinado nacional de belleza y un partido de fútbol, que son aprovechados para evitar que la verdad se le revele a un pueblo ávido más de diversión que de entender su realidad. Y como preparando el terreno de una segunda parte igualmente aterradora, aparecen anuncios de lo que amenaza en Armero con el nevado del Ruiz, el río Lagunilla, la desinformación, en fin, aquello que no solo dará fin a una vida cotidiana tranquila, sino a todo un territorio.

La gran ciudad se destruye no solo en la interioridad y exterioridad del edificio,

sino en las entrañas de la justicia y la gobernabilidad. Adentro y afuera, en la perspectiva de los guerrilleros, su nerviosismo, su osadía, su perplejidad ante lo inesperado. Asimismo, en la de los rehenes y su angustia: magistrados, secretarías y secretarios, abogados, visitantes que no entienden lo que pasa. Adentro: el encierro, la violencia, la destrucción, el ruido infernal, el fuego, las expectativas, el miedo. Es una casa doblemente tomada de la que no se puede salir. Afuera: los transeúntes que van desapareciendo hasta dejar el centro de la ciudad desolado y lleno de ruidos, órdenes amenazantes, balas y, como un animal feroz, los tanques subiendo por las escaleras. El Palacio en su ruina, la rabia ciega, la desolación. Aquello que años más tarde representara Doris Salcedo en su instalación de sillas, señalando paso a paso la medida del tiempo en lo que puede la violencia.

En cursivas, un narrador da testimonio:

En el instante previo se detiene el mundo. Los últimos escalones se convierten en parapetos. Y se impone el silencio. Si el hombre que está ubicado más adelante, con el arma lista, pudiera pensar en algo distinto al infierno que está a punto de desatarse, tal vez notaría el silencio absoluto. [...]

Y entonces irrumpe el bramido de los tanques de guerra en el primer piso. Y llega la orden. Son las 5 y 58 de la mañana cuando suena el primer disparo. Antes de ese segundo imperaba el silencio. Después, ruge la guerra. (90)

Adentro y afuera no es solo el juego descriptivo de la imagen que en toda la novela transcurre muy cinematográficamente, sino también un movimiento emocional, para lograr que el lector no solo recuerde, sino que tome conciencia, que vuelva sobre los hechos y piense, analice, reflexione. Y el ritmo narrativo es en ocasiones de ráfaga:

Entonces sobreviene la explosión.
La explosión.

El ruido ensordece a Guillermo por completo. Se siente como adentro de una campana, con un eco metálico sostenido. Un fognazo.

Ningún guerrillero dio aviso. No estaban preparados para un ataque por la pared del toallero.

Antes de perder la conciencia, Guillermo alcanza a ver cuerpos estrellados contra los orinales. Cabezas sueltas como balones. Carne roja rasgada por huesos blancos. Chisguetes de sangre en las paredes.

Y polvo por todas partes. Un polvo oscuro, pegajoso. Los ojos se le nublan. Me mataron, Guillo. Me mataron y no pude verte. (100)

Y metiendo el dedo en la llaga, los informes incompletos de los medios de comunicación, las respuestas evasivas, los silencios. El limbo:

Las voces de los periodistas agregan elementos a la confusión. Informes incompletos, entrevistas a funcionarios herméticos, especulaciones parecidas a las que todo el mundo tiene. (101)

Y como en un interregno, las noticias angustiosamente esperadas y transmitidas cada tanto en Francia. La vida incierta de Guillo, el hijo de Guillermo, ese padre tal vez no ejemplar pero sí personaje del Palacio que aun pensionado hizo de este lugar su casa, y precisamente ese día regresa a una cita con quien fuera su jefe. Y si el capítulo tres es una suerte de transición que enfoca a Guillo —el hijo lejano y ajeno a toda realidad que cuenta sus andanzas en Europa, parte de su adolescencia, la idea de su hogar deshecho, sus rabias y rencores—, mientras en Colombia los hechos se reflejan en el Palacio y en Armero como una imposición de regresar, el cuarto capítulo enfatiza la situación de la catástrofe en esa ciudad del Tolima amenazada por la crueldad de la naturaleza. Son mundos paralelos que se fusionan en los miembros de una familia y

se definen en Guillermo y Sara, hijo y madre, o —desde la perspectiva de Guillo— padre y abuela, quienes protagonizan las dos situaciones que se anudan al final, para desde ellos hacer ver el país que se deshace en la naturaleza y la justicia. La violencia ciega. La avalancha. Lo que pudo evitarse. Los que por algún azar cayeron. Los acusados. Los desaparecidos. Los arrasados por las aguas feroces. El apocalipsis.

Como un epílogo, en el último capítulo se trata de buscar en los escombros, en lo que quedó, en lo que subyace bajo tierra, en un país donde ser rehén no significa nada y unos “hombres desataron el volcán del Palacio de Justicia, lo justificaron con sus causas, auspiciaron su brutalidad”, y “esos mismos hombres no actuaron a tiempo para prevenir los efectos del otro volcán” (239).

La estructura temporal en la que se alternan los dos hechos, las frases de unos y de otros, la perspectiva dual y a la vez multifacética, la intensidad dramática que va en aumento en los dos escenarios y se vuelca con mayor intensidad en los sucesos de Armero, permiten adentrarse en lo que pudieron vivir y sentir las víctimas con un cometido: salvar del olvido.

La frase siguiente de Sara, esa mujer octogenaria que hizo de aquel territorio su lugar para vivir, se extiende a los vínculos con la tierra, al arraigo: “Todo lo que somos se encuentra en Armero. Si nos tenemos que morir preferimos esta muerte en la tierra de nosotros” (223). Esto remite a una pregunta: ¿qué hacer ante el desastre que la naturaleza anuncia, cuando todo lo que es propio, la vida misma, allí encuentra su lugar? El lector también percibe que, ante el desastre, el hijo distante recupera los vínculos, aunque paradójicamente los lazos originarios quedan bajo tierra, cuando ve que la corriente de ese río furioso que lo destruyera todo, al día siguiente “bajaba

fresca y leve, como si no tuviera nada que ver con la pesadilla de la noche anterior. La naturaleza es eso: una fuerza que se desata para disponer a su antojo de nosotros, y luego regresa a su implacable rutina de milenios” (232). Guillo escarba en el doble

desastre, consigna las ausencias, los atropellos, los abusos, las “jugadas de la suerte”, y recuerda a “quienes sacan provecho de la muerte”. Recae sobre el lector este otro interrogante: ¿qué hacer con el vacío y ante las nuevas responsabilidades? ■■

